

<https://doi.org/10.55422/bbmp.445>

***Palacio Valdés en Asturias. Actas del II Congreso Internacional Armando Palacio Valdés y su obra celebrado en Entralgo-Laviana (4, 5, 6 y 7 de octubre de 2005).*** Edición de Francisco Trinidad. Laviana, Excmo. Ayuntamiento de Laviana, 2006, 398 págs.

El II Congreso Internacional organizado por el *Centro de Interpretación Armando Palacio Valdés* en torno a la obra del novelista asturiano viene a consolidar el proyecto del Congreso anterior de rescata del olvido. Las Actas recogen las intervenciones que se sucedieron a lo largo de cuatro días del mes de octubre de 2005, en un apretado programa cubierto por las exposiciones, una mesa redonda y un viaje de los congresistas a los escenarios alviesinos del escritor. La conferencia inaugural corrió a cargo de ilustre hispanista Jean-François Botrel, que disertó sobre «Lectores y lecturas de *La aldea perdida*», la novela por excelencia en la recepción crítica de la producción valdesiana. El conocido hispanista francés parte de las primeras lecturas conocidas de la obra hasta llegar a las más recientes, sistematizando el conjunto en torno a tres ejes interpretativos: el canto a la tierra natal y la transformación que sufren las costumbres campesinas ante la invasión minera; la trama dualista, con las dicotomías de tradición y progreso, espiritualismo y materialismo; más la univocidad de la novela y de la ideología frente a la complejidad del discurso ficcional y su lectura, que permite entender que no se trata de un documento etnográfico ni de una novela social, sino de una novela-poema de carácter heroico-cómico. En definitiva, después de esta sustanciosa revisión, cabe, a entender del crítico, considerarla una obra abierta a muchas interpretaciones, polifónica en sus expresiones y apropiaciones, y posiblemente con dimensión paródica.

El Congreso discurre bajo el lema de «Palacio Valdés en Asturias». Por consiguiente, la mayor parte de los trabajos se centran en la estrecha vinculación del novelista con su tierra natal, puesta de manifiesto en un conjunto de obras pertenecientes al llamado «ciclo asturiano». José Luis Campal Fernández hace una cala muy concreta en la indumentaria del ciclo lavianes. Un registro completo de la vestimenta masculina y femenina, sea de los personajes, como de los grupos sociales que desfilan por las páginas de varios títulos, permite extraer tres rasgos dominantes del discurso descriptivo: prolijidad, riqueza ornamental y reiteración, dentro de una realidad folclórica. Las estampas reflejan una indumentaria tradicional, ajustadas a unas plantillas estilísticas que apenas varían de una creación a otra. La variedad impuesta por el abanico de estratos sociales y profesionales que concurren en el espacio común no distorsiona, a pesar de todo, un ejercicio constante de autotranscripción por parte del novelista.

Pilar Criado Toril analiza *José*, cuyo escenario costero es un fiel ejemplo del afecto del escritor por su tierra. El paisaje de la novela sirve para categorizar el valor estético de la «belleza», tal como la entendía don Armando: «el sentimiento o la emoción que provoca en el artista la observación de la realidad y que le permite, en última instancia, plasmar el entorno contemplado y crear la obra literaria». Ante la polémica de si el lugar escogido para la historia es Candás, Cudillero o incluso Luanco, la articulista se inclina por una solución ecléctica, de combinación de paisajes reales y paisajes inventados. En cualquier caso, lo que verdaderamente importa es la funcionalidad de estos espacios en el curso narrativo. El mar se convierte en el hilo

conductor, en consonancia con las vivencias de los protagonistas, orientado hacia la expresión de una belleza en términos absolutos y que reside, más que en el exterior (el paisaje), en el alma contemplativa.

También sobre el paisaje, pero desde otra perspectiva metodológica, el ecologismo decimonónico, se centra el trabajo de Joaquín Fernández. Después de pasar revista a los peligros que desde la industrialización han ido amenazando los escenarios asturianos, se pregunta si la obra de Palacio Valdés asume un compromiso explícito a favor de una naturaleza que empezaba ya a degradarse. Para responder a ello trae a colación un texto de Alejandro Pidal, «El campo en Asturias», publicado en *La España* en 1877, que bien podría calificarse de ecologista desde actitudes ultraconservadoras, precedente, a su juicio, de *La aldea perdida*, por las denuncias contra la industrialización del medio rural y sus perniciosas consecuencias morales.

Desde presupuestos de sociología literaria Luis Benito García Álvarez considera dos espacios de sociabilidad, propios del ámbito asturiano del siglo XIX, presentes en la obra del escritor de Entralgo: la taberna y el lagar. El primero es lugar de encuentro de las clases populares, con importantes efectos en el terreno económico y moral. El estudio delimita las circunstancias y elementos que conforman dichos espacios, acudiendo a oportunos ejemplos que suministran varias novelas de don Armando.

Alberto José Rodríguez-Felgueroso explora la organización agraria tradicional en la obra asturiana del novelista. Aprovecha en este sentido las aportaciones anteriores de J. García Fernández (1976), así como la documentación original de que dispone el propio articulista sobre la Familia Riaño-Dorado, a fin de cotejar tales datos con las fuentes descriptivas que ofrece Palacio Valdés en sus creaciones acerca del mundo agrario. La base de tales materiales reside en la unidad de explotación, la casería, y dentro de ella se inscriben la casa con sus dependencias, los huertos, las tierras, los prados y los montes. El estudio pasa revista a estos elementos y cómo quedan reflejados en una serie de títulos.

En otro orden de conocimientos, el de la afición musical de don Armando, interesa el estudio de Ramón García-Avello sobre su novela *Sinfonía pastoral* en relación a su fuente de inspiración, la sinfonía de Beethoven del mismo título, conocida en España a partir de 1867. El escritor dio sobradas muestras a lo largo de su vida de una gran sensibilidad hacia este arte, como lo prueban numerosos textos, en especial, los más autobiográficos. El trabajo menciona algunos pasajes muy significativos de tales testimonios y plantea muy sumariamente la relación estructural entre las dos piezas.

No hay duda que el ciclo novelístico asturiano de Palacio Valdés constituye un precioso testimonio de la realidad histórica del territorio en el siglo XIX. A los trabajos ya consignados, se añade el de Vicente Rodríguez Hevia sobre la casería asturiana tal como figura en su producción narrativa. Tiene en cuenta el articulista que la familia del escritor era propietaria no sólo de la casona (casa-natal), sino también de una importante hacienda. Dentro de los tipos de casería que se describen, las más canónicas corresponden a la de Antón Quirós, en *Sinfonía pastoral*, y la del capitán don Félix, en *La aldea perdida*, pero se dan cita otras variedades conforme a una escala social, con sus habitáculos típicos: la cuadra y la cabaña, hórreos, molinos y pomaradas. Dentro de estos espacios se desenvuelven las unidades familiares y vecinales,

conformando unos núcleos campesinos, estampados con profusión de detalles, que el articulista destaca, en el universo imaginario valdesiano.

Otra serie de trabajos que incluyen las Actas se desenvuelve dentro de los estrictos límites de la historiografía literaria. Así, el de Yvan Lissorgues, con su análisis sobre los clérigos y la religión en el universo creador del escritor. El especialista se vale de un corpus de 9 obras, aplicando unos parámetros que tienen en cuenta la evolución ideológica del autor y la superación de algunos aspectos de la estética naturalista. El elenco clerical del escenario ficcional se circunscribe a curas de campo y clérigos de villa, cuyas semblanzas son anotadas por el estudioso en sus rasgos más determinantes. El desfile de personajes evoca una piedad colectiva en las Asturias del siglo XIX, que se traduce en romerías, misas y otros rituales. El tema de la fe es en este contexto digno de especial consideración y ninguna novela lo expresa mejor que la que lleva este mismo título, *La Fe*. El prestigioso hispanista francés la estudia con detenimiento, porque en ella se resume el ideario religioso de su autor, su crítica hacia inveteradas costumbres clericales y las reflexiones que se derivan de unas creencias.

El editor de las Actas, Francisco Trinidad, dedica su estudio a *La aldea perdida*, fiel exponente de la deuda literaria del autor para con su lugar natal y la más bella evocación, quizá, del universo asturiano. El especialista destaca el hecho de que señala un punto de inflexión en la narrativa que el autor consagra a los escenarios de su tierra, puesto que aquí todos los topónimos son reales, una máxima que el escritor lavianés va a respetar a partir de entonces. El tratamiento que hace del paisaje resulta de una gran precisión geográfica, no exenta de un hálito poético. Laviana es el espacio dominante, pero también aparecen episódicamente Langreo y Oviedo, en una rica sucesión de estampas expresivas de unos modos de vida que reflejan el momento histórico del último tercio de siglo, desde la alimentación de los habitantes a las fiestas y regocijos varios, pasando por la indumentaria campesina, viviendas, muestras del habla de la zona y situación medioambiental.

Etelvino González López aporta unas anotaciones a *El cuarto poder* en el estudio que lleva por título «Sarrió, entre la mar y el teatro». El análisis indaga en el soporte real que nutre los ingredientes novelísticos, empezando por el lugar de la acción, si la villa literaria de Sarrió corresponde a Avilés o a Gijón, y siguiendo por un rico material anecdótico y galería de personajes. Descifra con erudición muchas de las claves, a fin de facilitar un mejor entendimiento de la novela.

En esta misma línea de confrontar la ficción narrativa con el soporte de la realidad se inscribe el trabajo de Carmen Ruiz-Tilve Arias sobre la figuración de la capital ovetense, tal como se recrea en *La novela de un novelista* y en *El maestrante*. La ciudad, en la primera, sirve de escenario a los años juveniles del novelista durante su época de estudiante de bachillerato. Reaparece, al cabo del tiempo, en *El maestrante*, bajo el nombre de Lancia, trasunto fiel de la capital del Principado, y donde cobran vida costumbres, indumentarias, planos urbanos y otros exponentes externos preservados en la memoria del novelista, que el artículo procura constatar.

Las vivencias avilesinas de don Armando son, a su vez, objeto de interés por parte de Justo Ureña y Hevia, quien se vale también del material que le proporciona *La novela de un novelista*. Estudia los vínculos que el escritor mantuvo con la villa asturiana, como las colaboraciones en la revista anual *El Bollo* (1921-1923) y documenta pasajes

significativos de la obra memorialística. Termina evocando el traslado de sus restos desde el cementerio madrileño a Avilés el 17 de octubre de 1945, a un mausoleo que la Corporación local dispuso al efecto.

Dos artículos de las Actas, correspondientes a sendas autoridades sobre la obra de Palacio Valdés, ofrecen un resumen panorámico del corpus narrativo suyo. Brian J. Dendle pulsa los aspectos más llamativos que se dan cita en algunas novelas: «un narrador frecuentemente irónico, estampas realistas y afectuosas de la vida provinciana, cierta comicidad, luchas titánicas entre el bien y el mal, personajes que encarnan calidades morales». Otras, por el contrario, se adentran en un universo mágico y onírico. Guadalupe Gómez-Ferrer Morant, por su parte, indaga en la teoría, práctica y técnicas narrativas de toda la producción, considerando en el desarrollo de esta dos etapas bien diferenciadas. Un lenguaje narrativo propio, los procedimientos descriptivos y la mezcla de humor y ternura confieren un sello muy personal al arte del escritor asturiano. La especialista se detiene asimismo en la crisis ideológica que don Armando sufre en su madurez, coincidente con el clima irracionalista y espiritualista de fin de siglo, crisis que desemboca, a partir de *La alegría del capitán Ribot*, en la consolidación de unas convicciones religiosas cristianas y en la deriva hacia un conservadurismo de signo político. Permanece, no obstante, inalterable una decidida defensa de la libertad creadora. La profesora Gómez-Ferrer revisa una serie de textos que encarnan las reflexiones del autor sobre el género que cultiva y destaca como rasgos más sobresalientes los que se fundan en el valor de la libertad creadora, en la mirada continua de la realidad y en la visión social de las clases más acomodadas y del campesinado, impostada desde las propias vivencias, lo que impregna a su obra de un autobiografismo.

Las Actas no podían sustraerse, finalmente, a un material documental que viene a reportar un avance notable en las investigaciones sobre el escritor y su obra. En esta ocasión, se trata de una catalogación bibliográfica sobre la biblioteca particular de Palacio Valdés en la Universidad de Oviedo, llevada a cabo por un equipo integrado por Ramón Rodríguez Álvarez, Ángeles Llavona Guerra y María José Ferrer Echávarri. El repertorio forma parte de una colección de más de 480 títulos en casi 560 volúmenes, que fue donada por la viuda en 1945. Los autores precisan que este fondo constituye tan sólo una parte, aproximadamente un tercio, de lo que fue la biblioteca particular del escritor en vida. Se compone, por lo que se refiere a su obra impresa, de 111 ejemplares, correspondientes a 89 ediciones, contando las traducciones de 21 títulos. En cuanto a las demás lecturas, reúnen el interés de ser indicadoras de las inquietudes literarias, filosóficas o científicas del escritor. Las ausencias de bulto se justifican por tratarse de una colección incompleta. Se encuentran los grandes autores de la literatura española y europea, los grandes filósofos de la antigüedad y contemporáneos, y ya, en menor medida, libros religiosos, de divulgación científica y de asunto psicológico o psiquiátrico. Es significativo el detalle de una abrumadora presencia de escritores contemporáneos, lo que confirma el espíritu renovador del novelista y su interés por las novedades literarias y culturales. Una bibliografía, en definitiva, imprescindible para editores y especialistas del escritor lavianés.

ENRIQUE MIRALLES GARCÍA  
UNIVERSIDAD DE BARCELONA

**Marta Palenque e Isabel Román Gutiérrez. *Antonia Díaz de Lamarque, una escritora sevillana del ochocientos*. Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla / ICAS, 2007, 306 págs.**

«El silencio será nuestra poesía». Este verso de la poetisa sevillana, que Palenque y Román Gutiérrez hacen figurar como título interior del libro, sirven para definir no ya la vida y la obra de Antonia Díaz de Lamarque, sino de toda una serie de escritoras que durante el siglo XIX soportaron unas duras condiciones de existencia intelectual y un ambiente hostil a las mujeres que cultivaron las letras.

Aunque sabemos de la lucha y del empeño que destilaron día a día figuras femeninas como Gertrudis Gómez de Avellaneda o Emilia Pardo-Bazán para hacerse un hueco en primera fila, muchas veces esa peripecia vital, por más apasionante que pueda resultar, no es de las más reveladoras para el conocimiento de una época o de un determinado momento social y cultural. La misma excepcionalidad de figuras como la de «Tula» o la autora de *Morriña* hace que no puedan valorárselas como representantes de una situación: se escapan de ella por todos lados, por su temperamento, por su decisión vital y literaria, por su personalidad individual vigorosa y destacada. Son, por el contrario figuras más secundarias, a primera vista menos interesantes, las que nos pueden dar mejor una idea de cómo era en realidad la situación vital de muchas mujeres del siglo XIX que fueron, o quisieron ser, escritoras y que chocaron contra un férreo mundo de incompreensión y exclusión.

Antonia Díaz de Lamarque (1827-1882) es una de esas figuras secundarias que pueden ser perfectamente representativas de un momento histórico y de una forma de vida. Por ello el libro que le dedican las dos profesoras de la Universidad de Sevilla, vale no sólo como estudio biobibliográfico de una determinada autora, sino como un ejemplo de una situación que con cambios más o menos circunstanciales vivieron muchas escritoras decimonónicas españolas.

Por todo ello este libro representa un espléndido ejemplo de *microhistoria* aplicada a la investigación literaria. El historiador italiano Giovanni Levi entendía que las dos características fundamentales de la microhistoria, las bases fundacionales de su metodología, eran la reducción de la escala de la observación y el estudio intensivo del material documental. Al microhistoriador le interesa analizar el espacio social en que se mueve un individuo determinado, porque, mediante el estudio intensivo de casos concretos se llegan a revelar aspectos que los acercamientos históricos tradicionales pueden no poner de relieve.

Estos supuestos podemos encontrar en el libro de Palenque y Román Gutiérrez. Las autoras reducen su escala de observación a la de una figura literaria semidesconocida, hoy de tercera fila, tiempo atrás algo más relevante, pero no mucho más, y para ello manejan un riquísimo acopio de documentos y correspondencia de la autora estudiada, y no solamente de ella sino del ambiente social en el que vivía: la Sevilla del siglo XIX.

Uno de los elementos que más nos llaman la atención de este libro es la, por prototípica, inexistente biografía de la autora. Joven sevillana de buena familia, con ambiciones literarias, siempre refrenadas por la autocontención que tanto gravó sobre muchas escritoras españolas del XIX, apenas hay en su vida elementos destacables. A partir de su matrimonio con José Lamarque de Novoa, también escritor y poeta sevillano, cambia su apellido para unirlo al de su esposo, y con su esposo vive, sin descendencia y sin sobresaltos hasta su muerte. Un personaje pues, habitual para su tiempo, normal para sus

coetáneos, entendiendo como anormales las biografías de aquella autoras como Doña Emilia o la Avellaneda que se atrevieron, en muchos casos, a hacer caso omiso de la presión social.

No es este el caso de Antonia Díaz, ciertamente, siempre prudente, temerosa de llamar la atención y despertar las feroces críticas de los muchos literatos antifemeninos que la rodeaban, siempre circunscrita a lo que el pensamiento dominante entendía como campos apropiados para la literatura «de mujeres» (dicho sea con todas las comillas posibles). Palenque y Román Gutiérrez van detallando, en unos capítulos reveladores y ampliamente documentados y justificados el universo social de la autora. Se trata de unas páginas apasionantes, por cuanto nos introducen en la vida cotidiana de la burguesía acomodada sevillana y de la forma en que esa clase lleva a cabo la creación literaria: la escuela poética sevillana en la segunda mitad del XIX. Las autoras nos presentan diferentes elementos de la vida de la poetisa y a través de ella de la vida de su generación: los primeros años y las primeras tentativas literarias de Antonia Díaz, su matrimonio y su, a partir de entonces, simbiosis de vida y obra con su marido José Lamarque (simbiosis que conlleva la desaparición de la escena pública de Antonia Díaz); la presencia de los Montpensier en Sevilla y las derivaciones políticas que ello provocó en aquella sociedad, la religión como presencia imprescindible en el ideario de las mujeres escritoras que, como hizo Antonia Díaz, dedicaron muchas de sus obras a ella; la afición por el arte y el mecenazgo que llevó a cabo el matrimonio Lamarque, etc.

Especialmente interesantes son los capítulos del libro en que se da cumplida cuenta de algunos elementos de la vida de Antonia Díaz y que nos introducen de lleno en la historia de las mentalidades. Véase por ejemplo el amplio capítulo dedicado a la *Alquería del Pilar*, donde Lamarque y su esposa edificaron una quinta de recreo con clara raigambre romántica, tanto en la arquitectura de sus edificios como en el diseño de los jardines. También el detenido análisis de la biblioteca del matrimonio, que en buena parte se conserva, y que nos permite hacernos una idea del tipo de lecturas y de las obras en circulación en la Sevilla de 1850. Otro de los elementos de más interés es la descripción del «Álbum» de Antonia Díaz. Conscientes de la importancia del tema las autores anuncian un futuro estudio más detallado de este elemento imprescindible de la vida social femenina de la segunda mitad del XIX. Gracias a los conocimientos y a las relaciones de Antonia Díaz, su álbum se llenó de colaboraciones de personajes de importancia y su estudio (y posible edición facsímil) sería una aportación imprescindible para un conocimiento más cabal de uno de los aspectos de la sociedad del XIX que todavía están pendientes de un estudio en profundidad.

De las relaciones de Antonia Díaz y su marido dan cuenta el epistolario que las autoras de este estudio analizan. Entre los corresponsales Marcelino Menéndez Pelayo, Juan Valera, Francisco Rodríguez Zapata, Narciso Campillo, José Fernández Espino, Juan Fastenrath, *Fernán Caballero*, y otros muchos, nómina que da idea del amplio campo de relaciones culturales del matrimonio Lamarque. Aunque la corresponsal más habitual de Antonia Díaz fue Pilar Sinués, otra escritora que conoció de primera mano las limitaciones que también padeció Antonia Díaz.

Al llegar al análisis de la producción literaria de Antonia Díaz, Palenque y Román Gutiérrez centran su obras en la escuela poética sevillana, cuyas características analizan así como los autores que en ella se cuentan en la época de Antonia Díaz. Concluyen las autoras que por discutible y analizable que sea el marbete, lo cierto es que «dos poetas de la segunda mitad del XIX tuvieron una conciencia muy clara de su existencia [de la escuela sevillana] y se muestran orgullosos de incardinarse en ella» (120). En tales circunstancias, esa conciencia

de escuela será al mismo tiempo caldo de cultivo y límite infranqueable para la producción literaria de Antonia Díaz. Hablan las autoras de una paulatina consagración gracias a las revistas: «a partir de la década de los sesenta el nombre de Antonia Díaz, ya de Lamarque, adquiere cada vez más protagonismo, no sólo en la prensa sevillana, sino también en la madrileña especializada en el público femenino» (137). Van desgranando Palenque y Román Gutiérrez periódicos y revistas donde colaboró Antonia Díaz, así como su participación en coronas poéticas u otras colecciones de versos de circunstancias, tan en boga en aquellos años. Sus libros de poemas son pocos: *Poesías* (1867), *Flores marchitas. Colección de baladas y leyendas* (1877), *Poesías religiosas* (1889), *Aves y Flores* (fábulas) (1890), y *Poesías líricas* (1893) [publicada por José Lamarque tras la muerte de su autora]. Algunos artículos y una novelita, *El precio de una dádiva* (1881) constituyen toda su obra en prosa.

Para Palenque y Román Gutiérrez en Antonia Díaz se observa «una tendencia al pensamiento filosófico y moral y un general tono entre cándido y optimista que individualiza su expresión» (145). Un grupo importante de poemas se centra en las relaciones femeninas y los problemas de su sexo, siempre con la obligada resignación por bandera: «La conversación íntima con otras mujeres en torno a los problemas comunes que deben afrontar conforman un grupo homogéneo en el que salen a colación la calumnia y la maldad como base de sus cuitas, y la virtud, humildad y constancia como única solución a ellas» (152). La evolución como poeta de la autora «parece seguir un decurso natural al derivar desde el poema épico largo hasta la balada. [...] Antonia Díaz retoma estas tres vías expresivas [romance, balada y cantar] en su obra, demostrando el profundo aprecio que le merecía la poesía popular, tal vez por influjo de la obra narrativa de su amiga Fernán Caballero» (159).

Como conclusión de su estudio, Palenque y Román Gutiérrez encuadran a la autora en el «canon isabelino»: talante monárquico, religioso y moralizante, vinculación a la propuesta lamartiniana (la belleza estética depende de la virtud moral del contenido) y connivencia con el poder establecido; el mismo grupo en el que se encuadran Angela Grassi, Pilar Sinúes y Faustina Sáez de Melgar.

Finaliza el libro con una antología de los versos de Antonia Díaz, representación de una obra que «sujeta a los valores de su clase y asfixiada en los márgenes de una ideología pacata, quedó así limitada por la decisión de la propia autora de negarle más ligeras alas a su expresión» (197).

Tras el detallado recorrido por la época, la vida y la obra de Antonia Díaz que realizan Palenque y Román Gutiérrez, no se puede por menos de pensar que aquella joven que en uno de sus primeros poemas se lamentaba con el elocuente verso de que «el silencio será nuestra poesía» acertó plenamente en su premonición. Silencio es lo que encontramos en Antonia Díaz. La amplia documentación que manejan las autoras pone aún más de manifiesto el silencio de Antonia Díaz, que nunca habló de sí misma como literata, ni de sus ambiciones artísticas ni de sus propósitos creativos. Palenque y Román Gutiérrez apuntan que fue una autora concienzuda, que repasaba sus versos con cuidado y reflexión, pero el silencio con respecto a sí misma que la vida de su época le obligó a guardar nos impide conocer el interior de su espíritu. Constreñida en los estrechos márgenes que su mundo imponía a las escritoras aceptó sus reglas, sus limitaciones y sus prohibiciones: «no intentó ser, de ninguna forma, una amenaza para sus amigos escritores y supo conservar siempre su lugar. Para ello tal vez tuvo que esconder sus cualidades bajo una capa de obligada modestia: la mujer decente y virtuosa no podía gustar de ser objeto de la atención pública, debía elegir

el retiro y ceder, como ella hizo, su representación pública a su marido. Puede ser educada, pero no sabia; poetisa, pero no poeta; escribir a las flores, a la religión y a los tiernos sentimientos, pero eludir la épica, los asuntos serios propios de varones... Responde en definitiva a la imagen de docilidad y de dulzura que le asigna la sociedad isabelina» (195). Una imagen prototípica que sepultó, tras una capa de oscuro y definitivo silencio, el alma de una mujer que una vez quiso ser poeta.

BORJA RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ  
U.N.E.D. CANTABRIA / I.E.S. ALBERTO PICO